

BOLETIN N° 2

EDITORIAL: RUMBO AL SUR

El 25 de noviembre, Día Internacional del No a la Violencia contra las Mujeres, estaremos allá. Cerca de 3 mil mujeres de todos los puntos del país nos movilizaremos solidariamente para acompañar a nuestras amigas del Putumayo. Y con ello le diremos a Colombia y al mundo entero todo lo que la errada política antinarcóticos de este país está haciendo con el cuerpo y vida de las mujeres de diferentes regiones.

La movilización la tenemos prevista desde hace más de un año, desde antes de reunirnos más de 40 mil mujeres en la Plaza de Bolívar de Bogotá y luego de ver como las aspersiones aéreas de glifosato están acabando con una de las zonas con mayor biodiversidad en el mundo. Además de afectar fuertemente la salud de mujeres, niños y niñas, adultos mayores y hombres, las fumigaciones han aumentado el proceso de deterioro social y familiar que se inició con el abandono estatal, con la posterior llegada de los narcotraficantes y que se intensificó con la entrada de los actores armados.

Entre todos, y disputándose sin freno el territorio, han convertido a esta zona del Sur en una de las más deprimidas y con mayores niveles de necesidades básicas insatisfechas del país. Índices de cubrimiento en salud y educación que están entre los más bajos del país y cifras de violencia que compiten con las de cualquier capital metropolitana.

Nuestra posición se basa en la búsqueda de salidas alternativas para enfrentar la industria del narcotráfico, porque no se trata, indiscutiblemente, de atacar el eslabón más débil de la cadena. No estamos de acuerdo con que la economía y sistema social de ninguna de nuestras regiones se base en la producción de cultivos de uso ilícito, sabemos también de los impactos tan negativos sociales, económicos y culturales que esto trae a cualquier región, pero tampoco estamos de acuerdo con salidas crueles, facilistas, costosas e ineficaces como las de las fumigaciones.

Además de dañar irreparablemente las tierras, las formas de vida, los cultivos de pancoger, los seres humanos y muy especialmente a las mujeres, niños y niñas de la región, terminan convirtiéndose en un problema mayor que el que pretenden evitar. Hay otras salidas, construidas desde la misma sociedad civil, más efectivas, nacidas desde una visión diferente del desarrollo y desde el profundo respeto por una comunidad de lugareños(as) y colonas(os) que han tenido muy pocas opciones para una vida digna y con calidad.

Quienes están allá son hombres y mujeres colombianas. Muchas de ellos firmaron pactos de erradicación manual y progresiva, otras nunca han cultivado coca, y sin embargo han visto como sus cultivos de pancoger han sido arrasados, como sus niños y niñas, sus madres, abuelas, sus ancianas, sus bebés aún sin nacer, han sido dañados. Algunas han perdido la vista por mirar al cielo cuando la avioneta fumiga su pequeña tierra, otras sufren de infecciones respiratorias agudas y las otras miran impotentes los estragos en la tranquilidad y la piel de sus hijos e hijas.

Por eso estaremos allá, para decirles a nuestras compañeras putumayenses que dos, tres, cientos de miles de mujeres creemos que el Putumayo, Nariño, Cauca, Caquetá, Magdalena, el Sur de Bolívar, todas las regiones del país que se han visto presionadas y sufren las consecuencias de ser territorio de disputa, merecen que el estado colombiano y su sociedad civil las miren de otra forma, que sus mujeres merecen ser respetadas y tratadas dignamente, que sus niños y niñas merecen todas las oportunidades. Por eso estaremos allá este 25 de noviembre.

LA MUJER PUTUMAYENSE Y LAS FUMIGACIONES

La fumigación en el departamento del Putumayo ha dejado muchas huellas, huellas que han trascendido en todas las esferas de la comunidad putumayense. Los municipios del bajo y medio Putumayo se encuentran en la miseria absoluta, consecuencia directa de la fumigación.

El Putumayo en general, a pesar de ser una región petrolera, ha basado su economía de los últimos años en el cultivo de la coca, luego llegan las fumigaciones y vemos este proceso reflejado en la miseria y la pobreza del putumayense actual. Porque hay que tener en cuenta que el putumayense nativo no cultivaba la coca de forma industrial, él lo hacía para medio sobrevivir.

El problema de nuestra región ha sido ser tierra de forasteros, población flotante que inmigró en la década de los 80 y comienzos del 90 por la bonanza de la coca. Ellos, después de haber destruido gran parte de la selva amazónica y haber lucrado sus bolsillos del dinero del narcotráfico huyeron hacia sus tierras dejando las nuestras sumidas en la miseria.

Al formular el proyecto de fumigación solo se tuvo en cuenta la erradicación de la coca, en ningún momento se pensó en los hombres y mujeres que la cultivan. Algunas de nosotras que trabajamos en el sector rural, quienes convivimos con las dificultades que sufre la población campesina, somos testigos del inmenso dolor y daño que ha causado la fumigación: hectáreas de plátano, chiro, yuca, maíz y parcelas de pancoger en general han quedado arruinadas totalmente.

Queremos anotar, además, que en ningún momento estamos en contra de la erradicación de los cultivos ilícitos, porque conocemos y somos conscientes de los efectos del alcaloide en la sociedad mundial, pero anhelábamos y esperábamos que se cumplieran los pactos de erradicación racional y gradual, para evitar el daño humano y ecológico a nuestro más importante patrimonio, la selva amazónica.

Las consecuencias de la fumigación se vieron a corto plazo, ésta llevó a la gente a tomar decisiones apresuradas y los campesinos atemorizados, desconsolados, deprimidos al ver como el pan del día quedaba en cenizas, empezaron a huir sin rumbo fijo, causando muchas dificultades a la sociedad colombiana y al mundo entero.

El señor Andrés Pastrana, al dar rienda suelta al proyecto de fumigación con el afán de acabar con los cultivos de uso ilícito, lo que hizo fue engrosar las filas de desplazados, desempleados y aumentar la corrupción administrativa con el manejo de los recursos extranjeros destinados para tal propósito.

La mujer putumayense rechaza la injusticia con la que somos tratados, especialmente los del bajo y medio Putumayo, porque somos mujeres madres cabeza de familia, somos hermanas y compañeras, quienes nos preocupamos por el destino y futuro de nuestros hijos, hijas y comunidad en general.

Desde este escenario público invitamos a la unidad, a la solidaridad, para denunciar y poder avanzar en esta lucha de desigualdades. Damos testimonio de la tristeza, la pobreza y la desnutrición que hay en nuestros niños y niñas.

Esperamos que la inversión social en el departamento sea tan significativa, real y oportuna como la inversión en fumigación con glifosato, porque el Putumayo también es Colombia y juntos debemos honrar los símbolos patrios que nos caracterizan como una nación que desea vencer los obstáculos impuestos por unos pocos y hacer que reine la paz entre hermanos y hermanas.

¡Viva la mujer putumayense!

“Desde este escenario público invitamos a la unidad, a la solidaridad, para denunciar y poder avanzar en esta lucha de desigualdades. Damos testimonio de la tristeza, la pobreza y la desnutrición que hay en nuestros niños y niñas.”

Pronunciamento del Movimiento Social de Mujeres del Putumayo. Octubre de 2002.

AUSENCIA DE MUJER

Si de algo carecen las políticas antinarcóticas que se han implementado en nuestro país es de la presencia de las mujeres. Pese a que la mayoría de las campesinas del Sur son las más interesadas en generar otro tipo de acuerdos con el gobierno para la erradicación manual y progresiva, no se han tenido en cuenta sus particularidades, necesidades e intereses. Mucho menos los estragos que las fumigaciones les producen a ellas y a sus familias, ni la forma de posibilitar procesos de reconstrucción que tengan en cuenta a las mujeres, niñas y niños, como poblaciones prioritarias que requieren atención urgente.

Las mujeres del Putumayo, por ejemplo, han tenido que enfrentar la mayoría de los problemas asociados a los errores cometidos en la formulación de los programas de desarrollo alternativo. Por un lado, las limitaciones en relación con la cobertura, el desorden institucional y el incumplimiento del apoyo con recursos técnicos y financieros. Por el otro el desconocimiento del papel tan importante de las mujeres rurales en la dinámica familiar, sus ideas frente a los cultivos y procesos a implementar dentro de los planes, que permita a mujeres y hombres beneficiarse equitativamente de los mismos.

Según la investigadora Sandra Poveda, “el modelo de desarrollo alternativo se ha concentrado en proyectos productivos generales, dejando de lado otras actividades que contribuyen al ingreso familiar, como las huertas caseras, la producción de especies menores y la transformación de productos agrícolas, habitualmente a cargo de las mujeres.”

“Mire usted, por tomar la decisión de erradicar la coca con los proyectos alternativos hubo discordia entre la familia, pues mi esposo no estaba de acuerdo, me decía que yo estaba loca por sembrar caucho y plátano, que eso no nos iba a dar de comer. O sea que si hubo conflicto en los hogares, pues antes la situación de nosotros era mas fácil, teníamos la coca y con eso nos bandeábamos, pero ahorita que vino la fumigación y luego la erradicación, hubo bastantes hogares que se acabaron, pues a los esposos que mataron pues el hogar se desintegro, pero a los que no, hubo separaciones..

Los hombres por ejemplo no soportan la situación económica que se viene ahorita, entonces ellos cogen y se van, diciendo que aquí ya no hay nada que hacer, mientras que las mujeres si nos toca cargar con los hijos, pues somos más responsables y nos quedamos con los hijos aun cuando sea criando gallinas o lo que sea, pero nos toca,... Por ejemplo otros se fueron pa´ otras partes a conseguir trabajo... el marido mío me amenazó con dejarme si yo arrancaba la coca, pero después de la fumigación el me decía, pero como se le ocurre si ya están volviendo las matas y yo le dije: yo voy a erradicar la coca, ¡ya no mas coca!, yo voy a sembrar plátano, yo ya no quiero joder mas con eso y él me decía ah bueno entonces usted vera nosotros la dejamos sola ... yo me voy pa Orito y allá voy a sembrar.

Y sí esa semana se fueron y me dejaron sola, yo vendí las gallinas y con eso le pagué al trabajador para que me ayudara a arrancar la coca y a sembrar los otros cultivos de plátano y de caucho... y después mi esposo de ver que yo estaba trabajando juiciosa si volvió y empezó a ayudarme, pero como la situación no mejoraba porque yo salía y vendía los plátanos pero eso no me daba nada mi esposo me decía si ve lo que hace usted, ahora como vamos a comer, que vamos a hacer. Yo le dije a Dios que nos ayude, porque que más.. de todas formas hay que salir adelante, yo pensando en los niños, porque por mi yo también me hubiera ido para otra parte, pero tengo que darle estudio al niño, entonces mejor aquí, tengo que hacerme la fuerte y salir adelante, aguantar y darle el estudio al niño...”

AUMENTAN IMPACTOS, SE MANTIENE PRODUCCIÓN

A tres años de haber comenzado la implementación de la Política de Erradicación de los Cultivos Ilícitos en Colombia, solo se puede hablar de unos resultados mediocres en relación con la disminución de los cultivos y unos impactos alarmantes sobre la población y la naturaleza. La base de esta evaluación tan poco halagadora para el gobierno colombiano, tiene que ver con los relativos datos de disminución frente a las cifras alarmantes de daños, además de la certeza, expresada por diferentes analistas en foros nacionales e internacionales, que la aplicación de las medidas sobre los pequeños productores y productoras, lo único que hace es trasladar el problema.

La misma Contraloría General de la Nación afirmó en un estudio reciente sobre la necesidad de hacer un cambio de estrategia urgente que contemple suspender rápidamente la fumigación, la implementación de una manera alternativa integral, concertada y manual. Además la Contraloría propone que dicha estrategia integre un plan de desarrollo para resolver los problemas estructurales de las zonas de cultivo y una discusión amplia sobre la concentración de la tierra.

Según Elsa Nivia, directora de Rapalmira, en diversos documentos elaborados por Contraloría y Defensoría, se concluye que la forma como se está llevando a cabo la erradicación de los cultivos de uso ilícito no se ajusta a las normas constitucionales, pues las irregularidades encontradas generan más costos sociales que resultados en la disminución de los cultivos.

Uno de los factores que más pesan para esta conclusión tiene que ver con el desconocimiento que se ha tenido de los acuerdos de erradicación manual y progresiva, pues han sido fumigados los cultivos de productores o productoras que se habían acogido a la propuesta, sin darles un tiempo prudencial para mostrar resultados. Adicional al hecho de que dichos acuerdos no consultaron las necesidades reales de la población, diferenciadas por intereses específicos de mujeres y hombres.

LOS RESULTADOS UN ERROR

Según Ricardo Soberón, analista peruano experto en el tema, a tres años de iniciarse las fumigaciones se pasó de 169 mil hectáreas a 69 mil hectáreas de coca. "Lo que aparentemente no piensan es que más que el área de extensión lo que importa es la productividad de la misma. Yo puedo tener una o cuatro cosechas de hoja de coca dependiendo de la cantidad de tecnología que le aplico al área. Y a los productores no les importa tener que reducir áreas de cultivo extensivo cuando pueden tener áreas mucho más recónditas en la amazonia con cultivos intensivos. Esa es la primera reconversión que está generando el Plan Colombia."

Otro elemento del análisis, según Soberón, es que se ha comprobado que los cultivos se mueven. "Por ejemplo sabemos que Putumayo dejó de ser el primer productor nacional y ahora lo son otros departamentos, Norte de Santander que da cuenta de 25 a 28 mil hectáreas de coca, Arauca tiene de 10 a 12 mil hectáreas, todas operativas y con capacidad de producción. Lo más grave de todo es que tanto Bolivia como Perú vuelven a repetir el ciclo de incremento de los cultivos, eso solo para evaluar la eficacia de la estrategia."

Finalmente, Ricardo Soberón agrega que si los canales de ingreso de drogas a Estados Unidos siguen abiertos, el precio de la cocaína sigue estable y Brasil aumenta cada día su capacidad de consumo, no es imprudente afirmar que los narcotraficantes siguen ganando la partida, el gobierno obtiene triunfos engañosos a corto plazo y las grandes perdedoras son las comunidades.

"...El paisaje de La Hormiga es como para sentarse a llorar, solo están los troncos, las lomas quemadas, parece que le hubieran echado candela... a mí me da tristeza mirar eso, porque una cosa es oír y otra es mirar... dicen que el Putumayo se va a convertir en el desierto más grande de Colombia..."

AL SUR LLUEVE TRISTEZA

Cientos de mujeres del Putumayo que contemplan la situación de soledad y miseria que un proceso largo de deterioro social y económico ha dejado sobre su región, sobre sus familias, sobre sus cuerpos, se movilizarán este 25 de noviembre en Puerto Caicedo, para expresarle al país y al mundo entero que ya son muchos los daños que esta errada política antinarcóticos ha dejado sobre sus regiones y para seguir clamando por una salida negociada al conflicto colombiano.

Otras tantas las acompañarán de otras zonas del país para enfatizar en la necesidad de desmilitarizar y recuperar la vida civil, para sea otra la forma de tramitar los conflictos en el Sur y en todos los rincones de Colombia.

Y es que las mujeres del Putumayo, tal vez como en ninguna otra región, han entendido en carne propia el dolor de vivir la guerra en Colombia. Ellas llegan de una historia de abandono estatal que fue aprovechada fácilmente por los actores armados desde hace varias décadas, y una bonanza asociada al narcotráfico, que sirvió de espejismo para tratar de alcanzar la estabilidad económica. Desde hace unos años eso se une a la aplicación de una agresiva política antinarcóticos, por parte de ese mismo estado que nunca había vuelto la mirada al Sur.

Las fumigaciones, lejos de responder a la necesidad de enfrentar el fenómeno de las drogas y la presencia intensiva de cultivos de uso ilícito en Colombia, ha impactado en una forma incalculable a la población del Putumayo, especialmente a las mujeres, niños y niñas

Las mujeres cuentan como la violencia ha ido aumentando progresivamente. La muerte ronda a su alrededor y amenaza con acabar con la esperanza que les queda, impotentes observan como Puerto Asís y Valle de Guamuéz presentan tasas de homicidios que están entre las más altas del país y más de un 95% de impunidad.

Según un estudio sobre violencia del Departamento Administrativo de Salud del Putumayo, Dasalud, la primera causa de mortalidad en la región es la muerte violenta. El último año registrado por el estudio, el 2002, arrojó un aumento de más del 50% en los casos observados, con respecto al año anterior. Sólo en Puerto Asís pasaron de ser 55 a 114 asesinatos de un año a otro.

Y como la violencia siempre acostumbra a crecer en dimensiones exageradas, sus formas llegan a todos los rincones, y forzando puertas y afectos, entran al interior de los hogares. Cuando una sociedad comienza a pensar que solo la fuerza permite resolver los conflictos, aumenta el uso de la misma en la vida cotidiana.

Historia de mujeres

Cerca del 47% de la población putumayense es femenina, un poco más de 350 mil mujeres. De ellas más del 67% vive en el campo y 32,5% en las zonas urbanas. El 38,7% de las mujeres están entre los 5 y los 19 años, es decir en edad escolar, sin embargo los índices de analfabetismo son bastante altos.

Por otro lado el 35,3% está entre los 20 y los 45 años, en plena edad productiva pero con altos niveles de desempleo. La mayoría de las mujeres se desempeña en mayor medida en empleos informales, con muy baja remuneración y escasas garantías de seguridad social. Si estos datos se cruzan además con el alto índice de mujeres cabeza de familia, se multiplica críticamente la situación socioeconómica del departamento.

Las mujeres adultas mayores, que llegan a unas 4 mil 500 en el departamento, están en condiciones similares o peores. Extrema pobreza, malnutrición, baja cobertura en salud, educación y recreación, muy bajas posibilidades de trabajo, en algunos casos incapacidad física y hasta indigencia son algunos de las variables que afectan este sector de la población femenina.

Según estimativos de las autoridades de salud del departamento, un 22,7 de las mujeres se encuentra en edad fértil y de éstas un 3,3% está en periodo de gestación, lo que aumenta los riesgos sanitarios, por las bajas posibilidades de dar una atención integral en el control prenatal, embarazo, parto y posparto.

LA COTIDIANIDAD VESTIDA DE CAMUFLADO

La guerra entonces, se convierte en la única forma. Para sostener la guerra las mujeres organizadas son amenazadas, los hombres y mujeres jóvenes son reclutados bajo la mirada impotente de sus madres, los asuntos entre vecinos son resueltos con ayuda de las armas, las formas de vestir, hablar, actuar son definidas por uno u otro actor. Los guerreros, buscando ser temidos y por lo tanto aceptados, convierten a las mujeres y a las familias en los espacios preferidos para su dominación. Ellos deciden resolver conflictos y aplicar sanciones al interior mismo de los hogares.

El cuerpo de las mujeres también entra al juego. Diferentes tipos de abuso y manipulaciones con base en amenazas o dinero, se comenten a diario contra las mujeres jóvenes de estas zonas. Los actores de cualquier bando aprovechan el poder de las armas para controlar la forma como visten las jóvenes y los afectos de las mismas.

LAS MÁS DESPLAZADAS

Por otro lado, las principales víctimas de desplazamiento en este país son mujeres, niños y niñas. Según un estudio realizado en el 200, 31 de cada cien hogares desplazados están a cargo de madres solas y más de la mitad de ellas es menor de 18 años.

En el Putumayo, la situación es similar, para el 2002, la Red de Solidaridad reportó un total de 21.336 personas desplazadas en el departamento, de las cuales más del 50% son mujeres. Esto se da generalmente cuando ellas huyen de sus tierras luego de la muerte de sus esposos en manos de uno de los actores armados, tratando de proteger a sus hijos e hijas del reclutamiento, huyendo de las fumigaciones o para buscar otros rumbos luego de que sus parcelas han sido arrasadas por el glifosato.

Fuente "El Putumayo como escenario de las políticas antidrogas, y la afectación en la vida de las mujeres".
Ruta Pacífica de las Mujeres, 2003.

PUTUMAYO, DATOS DE ABANDONO

Limita al Norte con los departamentos de Cauca y Caquetá, al Sur con Perú y Ecuador, al occidente con Nariño y al oriente con Amazonas. Su extensión es de 24 mil 885 kilómetros cuadrados y hace parte de la Región Amazónica colombiana junto Caquetá, Vaupés, Guaviare, Amazonas y Guainía.

El Putumayo contaba en el 2002 con una población aproximada de 350 mil 705 habitantes, 67% de ellos en el área rural y cerca del 33% en las cabeceras urbanas. Cerca del 9% de ellos son indígenas de 14 comunidades originarias.

Los índices de necesidades básicas insatisfechas y niveles de pobreza del Putumayo están entre los más altos del país, mientras que el promedio de pobreza nacional está en un 37,6%, en el Putumayo supera el 79%. En servicios básicos hay un cubrimiento de acueducto de 49%, alcantarillado un 45% y de energía eléctrica de 58%.

En educación los datos son menos alentadores. Sólo se encuentra escolarizado un poco más del 50% de niños y niñas en edad escolar, de 3 a 16 años. El índice más bajo lo ostenta la población preescolar, con un 14%, luego la básica secundaria y media con un 33% y la mayor cobertura está en la básica primaria. Sin embargo en este caso se ha comprobado que de cien niños(as) que ingresan a primero solo 25 terminan el quinto grado. La tasa de cobertura en educación superior llega a un escaso 3%, la tasa de analfabetismo es del 11% y la deserción escolar es del 10%.

En cuanto a salud, el departamento se encuentra varios puntos por debajo del promedio nacional en relación con el Régimen Subsidiado. Mientras en todo el territorio el índice supera el 68% en el Putumayo llega a un poco más del 52%. La carencia en los servicios de salud toma mayores proporciones en las áreas rurales donde por hostigamiento de los grupos armados se han visto afectadas las misiones médicas.

Otros efectos

Según el reporte del Departamento Administrativo de Salud de Putumayo, Dasalud, entre el 2000 y el 2001 se reportaron 5.929 personas enfermas con síntomas atribuidos a la fumigación; entre los cuales se contaban intoxicaciones, fiebre, problemas respiratorios, gastrointestinales, mareos, dolor de cabeza, afecciones a la piel, irritaciones oculares, entre otros. La enfermera Diva Revelo, del Departamento Administrativo de Salud del Putumayo, Dasalud, comparó estos síntomas de un año a otro, es decir con y sin fumigaciones, y encontró diferencias significativas en la frecuencia de los mismos, obviamente, por causa de las fumigaciones. Sin embargo, aunque Dasalud y otras instituciones han hecho un esfuerzo por realizar un registro sistemático a las quejas y consultas médicas después de las aspersiones, estos resultados no bastan para comprobar técnica y científicamente la responsabilidad de las fumigaciones en los problemas causados a la salud. También se han reportado graves impactos a los cultivos de plátano, yuca, maíz, frutales y huertas de pancoger, caña, arroz, yota, frijol, entre otros. Además de la muerte de peces, ganado, caballos, cerdos, aves de patio, chivos, curies y perros, y de muchos animales silvestres que se han encontrado muertos en el camino luego del paso de las avionetas

TESTIMONIOS: EL PUTUMAYO CON ROSTRO DE MUJER

"...Otro día vi una señora en el pueblo que iba caminando, agachada, cuando yo la reconocí era doña Rosa y le pregunté, pero usted por qué está caminando así, qué fue lo que le pasó, entonces ella me reconoció por la voz... qué le pasó, le dije, que va mirando mal. Lo que pasa es que hace dos años pasaron las avionetas esas de la fumigación y yo estaba en el patio y levante la mirada hacia el cielo a ver que era lo que estaban haciendo y se me metió en los ojos ese veneno, entonces después de eso se me nubló la vista y ya no podía caminar, pero como ese día mi hija no estaba... cuando en la tarde llegó, me llevó para que me bañara los ojos y todo el cuerpo, pero ya era muy tarde, entonces quedé mal de la vista y como somos pobres no me pudieron sacar al pueblo para que me viera un médico... A esa señora yo la conozco desde hace rato y me dio mucha tristeza porque imagínese usted, pobres y ahora enfermos, está casi ciega la señora..."

"...Las fumigaciones no solo arrasan la coca, arrasan con todo, hasta las casas las fumigaron y eso queda un liquido blanco... fumigaron hasta los estanques... Yo como mujer me sentía culpable por haber cultivado coca y luego ver las montañas y todos los sembrados acabados, los árboles secos... Yo me preguntaba porque tenían que pagar los árboles por las cosas que uno hace... pero yo pensaba si el gobierno antes de las fumigaciones hubiera entrado a negociar con los campesinos, tal vez no hubiera sucedido eso... si el gobierno le hubiera preguntado a la gente qué es lo que quieren o qué es lo que necesitan pues nos hubiéramos ahorrado todo esto..."

"...después de la fumigación ha habido escasez de producción, la comida ha estado escasa, al principio para la gente fue duro, decían que les salían brotes en la piel, que el agua se contaminaba, que les daba diarrea, pero ahorita ya no he escuchado nada... Ahora ya no han vuelto a fumigar, hace meses que fumigaron... Sí más que todo la salud se ha visto afectada por

los brotes en la piel, la infección diarreica aguda... en cuanto a los patrones alimenticios también se han modificado porque la gente está aguantando hambre... la gente come muy mal, comen mucha yuca o solo arroz y papa porque hasta las gallinas las tuvieron que acabar, las fumigaciones arrasaron con el maíz y al no haber maíz pues no hay con que alimentar a las gallinas..."

"...en cuanto a las fumigaciones nos hemos visto muy afectados, tanto en la economía de la familia como de la región, también en la salud... ha habido muchas enfermedades... primero porque si fumigan no tenemos donde ir a trabajar, no tenemos cultivos de pancoger, porque con las fumigaciones hasta los animales y el agua pagaron el pato..."

Testimonios de mujeres del Putumayo.

Las mujeres del Putumayo, hoy aquí reunidas, lanzamos una voz de protesta pública por el impacto que están causando las fumigaciones en nosotras, nuestras hijas, hijos y en general nuestros familiares en el departamento del Putumayo.

Además queremos decir a la opinión pública que las fumigaciones están afectando la salud de todas y todos los putumayenses. En muchos momentos hemos notado que a raíz de las fumigaciones nuestras hijas e hijos recién nacidos y los de uno a diez años están presentando frecuentemente episodios de gripe, tos y alergias. Notamos y hemos experimentado que las que estamos en periodo de gestación también somos afectadas, algunas hemos perdido nuestros hijos e hijas, otras estamos en delicado estado de salud y todas creemos que no es normal que a un número significativo de mujeres nos pase lo mismo.

También queremos manifestar que con las fumigaciones han terminado la mayoría de los proyectos que desarrollamos las mujeres, proyectos de pancoger, lo que amenaza en forma directa la seguridad alimentaria nuestra, la de nuestros hijos e hijas y familias en general.

Denunciamos también que con las fumigaciones están terminando con el patrimonio putumayense "Nuestro medio ambiente". Con lo anterior reiteramos que las fumigaciones en el departamento están sumiendo a las mujeres y hombres en la pobreza, la hambruna, la degradación social, el deterioro familiar y la pérdida de nuestra salud. Están impidiendo, limitando y negando el desarrollo de la vida digna de las mujeres, hombres, jóvenes, niñas y niños de este territorio. Por último reafirmamos que con las fumigaciones se están incrementando las guerras y violencias contra las mujeres.

Las mujeres en Ruta Pacífica por el Putumayo esperamos que el gobierno termine con las fumigaciones en nuestro departamento y en Colombia entera. Aclaremos que nos unimos a la propuesta de erradicación manual de cultivos ilícitos

LOS DOLORES QUE NOS UNEN

Desde hace unos dos años y medio se han sentido más los efectos del Plan Colombia en el Ecuador. En Sucumbios, que es una provincia fronteriza, realizamos al inicio diferentes reuniones entre las organizaciones sociales y las de derechos humanos, para poder ver y prever lo que se podía venir. Además hablamos con los gobiernos seccionales para ver como hacíamos un llamado a las autoridades para que no se aplicara acá Plan Colombia. Al inicio los efectos no fueron muchos, pero eso fue avanzando cuando en Colombia se adoptaron medidas más fuertes, sobre todo en la frontera con Ecuador, y se dio el desplazamiento de mucha población.

En cuanto a lo económico la situación también era difícil, el ingreso acá era de unos 120 dólares mientras la canasta familiar estaba en unos 300 dólares. Entonces veíamos que la llegada de más personas podía afectarnos porque iba a haber mayor desocupación y más comercio informal. Así fue. Con mas gente la infraestructura de Sucumbios no dio abasto. Llegaba gente herida, por ejemplo, y el hospital de Sucumbios apenas tiene 31 camas.

Y para las mujeres la situación se volvió mucho más grave, porque si bien al principio no teníamos lo necesario para subsistir, esta vez nuestros esposos estaban sin trabajo o con ingresos muy bajos. Todo subió a tres veces su precio normal y la situación se puso muy conflictiva.

Luego empezaron las fumigaciones y fue cuando la gente comenzó a contar que veían las avionetas en nuestro territorio. Eso nos obligó a poner la alarma ante la Cancillería para que se le pidieran explicaciones al gobierno colombiano. Nosotros pensábamos, como así que el gobierno ecuatoriano permite que eso ocurra cuando existe una ley que dice que debe haber por lo menos diez kilómetros de seguridad dentro de nuestro territorio. Luego de un tiempo vimos como la gente vivió y sufrió las fumigaciones.

Hay testimonios, grabaciones hechas, certificados médicos expedidos, videos que muestran como las fumigaciones han causado un daño terrible a los cultivos, indistintamente del tipo y el tamaño que sea. Las plantaciones han quedado completamente arrasadas y se ve que el suelo no va a producir porque las cosechas se pierden. Los plátanos por ejemplo, que son la comida más común de la gente, completamente podridos por dentro.

También está el testimonio de gente que ha sufrido enfermedades desconocidas. Incluso ha habido casos de familias que han perdido bebés de tres o cuatro meses o personas que han sufrido de granos y hongos que no se conocen, que no se alivian con nada y que siguen ahí. Por eso demandamos que haya justicia de parte del gobierno colombiano, que se responda por las fumigaciones que se han hecho del lado del Ecuador. La gente se ha reunido y se está conformando una red amazónica para pedir todas las investigaciones y pruebas de laboratorio para demostrar que fue el glifosato el causante de todo ese daño. Nosotros sabemos que es así, pero resulta que ante la Ley tenemos que demostrar con papeles.

Todo eso nos afecta a las mujeres. Sentimos un vacío muy grande porque sabemos que no podemos satisfacer las necesidades de la familia. Además en el hogar si hace falta comida se da un desequilibrio en la pareja y esto es lo que ha provocado muchas veces divorcios, separaciones, que los hijos tengan que dedicarse a trabajar y no puedan estudiar. Acá un alto porcentaje de la población, sobre todo femenina, no tiene educación superior. De igual manera el porcentaje de mujeres estudiando en colegios es bajo en relación con los varones, además de que el nivel de deserción escolar es cada día más alto.

Eso también nos ha obligado a fortalecer los procesos organizativos de las mujeres. Acá existe el Frente de Mujeres de Sucumbíos, que está conformado por alrededor de unas 40 organizaciones, entre ellas la Federación de Mujeres de Sucumbíos que tiene unas 55 organizaciones de base. Este organismo de la Federación de Mujeres tiene un albergue para atender a las mujeres maltratadas y abandonadas porque también se ha incrementado la violencia intrafamiliar.

Carmen Allauca
Líder social del Municipio de Lago Agrio
Provincia de Sucumbíos. Frontera con Colombia

PRESIONES FRONTERIZAS

En países vecinos como Perú y Ecuador, la búsqueda de las organizaciones sociales, que coincide a veces con la de sus gobiernos, es defender a la población fronteriza de los impactos de la aplicación de Plan Colombia. De hecho recientemente, y por presión del gobierno ecuatoriano, el colombiano aceptó suspender las fumigaciones en Nariño, hasta tanto una comisión binacional realizara un estudio dirigido a caracterizar dichos efectos sobre salud y ambiente. Sin embargo, un estudio realizado por la organización Acción Ecológica, del Ecuador, demuestra una serie de consecuencias sobre la población fronteriza muy similares a los denunciados por la población colombiana. Básicamente la petición de los gobiernos vecinos estriba en el respeto de la franja de seguridad de diez kilómetros que, según la misma población, no ha sido respetada por las avionetas. Sin embargo, más allá de eso, el desplazamiento, la

demanda de recursos extras y el deterioro social y económico de los municipios fronterizos, son también consecuencias de la política antinarcóticos colombiana.

APUNTES DE UNA CAMPAÑA

Por la desmilitarización y la recuperación de la vida civil

Discurso de lanzamiento de la Campaña y del Movimiento de Mujeres contra la Guerra, en Bogotá el pasado 31 de septiembre

Convocarlos a ustedes amigas y amigos para que nos acompañen en el lanzamiento del Movimiento de Mujeres contra la Guerra, es reafirmar nuestra voluntad indeclinable de continuar siendo constructoras de historia, de una historia tejida y entretejida de múltiples verdades, rostros, libertad, cotidianidad, esperanza, palabras, deseos, justicia, autonomía y vida.

En estos tiempos de infamia, terror y persecución, hemos querido compartir con ustedes este día para poner a salvo las voces que darán testimonio de que aquí estuvimos y así fuimos las mujeres. Queremos guardar para la historia la rebeldía de las mujeres, para que nuestras conciencias no sean colonizadas, suprimidas y vaciadas de pasado y presente; para resistir ante el deseo de aniquilar todo testimonio de que en nuestras tierras ha existido algo más que el silencio, las tumbas, el desplazamiento y el miedo; para dar testimonio de la fuerza y la sororidad entre las mujeres como medida de protección; para exorcizar el miedo, para que no nos inmovilice y nos haga cómplices de una guerra que no es nuestra. Queremos decirle el país y al mundo que a la guerra, las mujeres oponemos acción política y social.

La fuerza de las mujeres se ha traducido en la voluntad política de diversas organizaciones que, en diferentes espacios de concertación, nos hemos dado a la lenta pero segura tarea de concertar, urdir y tejer acuerdos políticos que nos permitan avanzar incontenibles en un gran Movimiento de Mujeres contra la Guerra. Nuestra voluntad y acción política se plasmó, como en otros momentos de la historia nacional, en la movilización del 25 de julio de 2002. Con la participación de más de 40 mil mujeres procedentes de las diversas geografías del país, nos tomamos las carreteras del país y las calles de Bogotá, en un festival multicolor de vida, de esperanza y de fe en nuestra gran capacidad transformadora, alzando nuestras voces de rebeldía para dejar testimonio de que aquí estuvimos manifestando nuestro No Rotundo a la Guerra

Desde nuestra autonomía frente a todos los actores armados, desde el dolor que compartimos con las mujeres desplazadas, las que tienen a sus familiares muertos, desaparecidos, secuestrados, asesinados, retenidos, encarcelados en los ejércitos; desde nuestro compromiso por un país que urge por la salida política negociada; desde el convencimiento de la necesidad de desmilitarizar la vida y recuperar la civilidad, nos proponemos continuar construyendo este diverso Movimiento de Mujeres contra la Guerra.

Reiteramos en ésta oportunidad que el ejercicio de la guerra ha sido un invento de la cultura patriarcal y que ahora los estados modernos lo reafirman con la imposición de un sistema “de seguridad” basado en el poder que otorgan las armas y en la decisión de optar por la guerra como mecanismo para solucionar el conflicto armado y los conflictos sociales. Hoy, después de siglos de guerras intestinas sin resultados para un mejor vivir de la humanidad, nos siguen presentando la vía armada como la única salida, bajo el pretexto de «preservar el orden», anteponiendo el lucro individual y de la industria bélica a la construcción de la paz, privilegiando el desarrollo de megaproyectos que despojan a las comunidades indígenas, afrocolombianas y campesinas de sus territorios tradicionales, donde las mujeres han dejado su propia historia y parte de sus vidas.

El estado colombiano gasta inmensos recursos en la adquisición de armas, en el mantenimiento de los ejércitos, en el pago de recompensas, en la incorporación de un millón de personas a la red de informantes y como soldados campesinos, mientras se señala a Colombia como el país de mayor índice de pobreza en América Latina y la crisis humanitaria da cuenta de más de dos millones de personas desplazadas, de las cuales las mujeres y las niñas somos la mayoría.

Cada peso que va para la guerra es un peso que se le quita a la inversión social. Cada fusil que entra al país es un cupo escolar que se pierde. Cada helicóptero que se compra son cientos de empleos productivos que se cierran. Cada batallón que se conforma son servicios públicos que se privatizan y restringen su acceso, mientras se cierran puestos de salud, hospitales, comedores comunitarios. Es esta una cadena de miseria que nos tiene frente a una catástrofe social, económica y humanitaria, que hace de los derechos un bien mercantil en disputa de intereses políticos y privados.

Quienes nos proponen la guerra la justifican por las ganancias de la industria armamentista mundial, por la inversión de las industrias transnacionales en Colombia, por el requerimiento de los Estados Unidos de declarar a los y las opositoras de su imperio como terroristas, mientras que los costos de la guerra no sólo los contamos en vidas humanas, sino también en las marcas del sufrimiento, la rabia, el desarraigo, la soledad y el deterioro en el bienestar y la calidad de vida de nosotras y la población.

Desde una racionalidad pretendidamente civilizada, la guerra, además de destruir el tejido familiar y social, se territorializa en el cuerpo de las mujeres a través de prácticas como la violación sexual, el desarraigo de los lugares de origen, de los vínculos familiares y afectivos, las prohibiciones para relacionarse con los actores armados, todo lo cual constituye nuevas invasiones a nuestras vidas y nuestros cuerpos.

La guerra alimenta la ancestral violencia contra las mujeres. Ahora, las armas salen de los campamentos y las brigadas para instalarse en los hogares colombianos rurales y urbanos, donde las mujeres son obligadas a atender a unos y otros. Son amenazadas, heridas, violadas, obligadas a prostituirse, a abortar, a relacionarse o dejar de hacerlo, para luego ser detenidas y judicializadas. Aquellos límites entre el campo y la casa, detrás de los cuales han estado los límites entre lo público y lo privado, ahora sucumben al servicio de las armas.

Las mujeres del Movimiento de Mujeres contra la Guerra queremos hacer parte del Movimiento Mundial Antimilitarista y del Desarme que invita a reflexionar sobre las armas y su uso como única salida al conflicto; de su función cultural simbólica y de su significado para la cultura de la violencia. En esa medida proponemos renunciar a la guerra y a las armas como el paso para reducir las distintas formas de violencia. Esta propuesta implica un compromiso con la democracia, con la superación de las discriminaciones y exclusiones, el reconocimiento de la diversidad y la eliminación de todas las formas del poder patriarcal.

Desde las experiencias de resistencias de las mujeres que se han ido configurando con formas organizativas propias y con históricos procesos organizativos, hemos optado por construir el Movimiento de Mujeres contra la Guerra como mecanismo para expresar la no violencia activa y la acción pedagógica en aras de desactivar los artefactos de la guerra en la palabra y en los actos. Además, las mujeres lideramos procesos de reconciliación y paz que posibiliten la búsqueda de la verdad, la justicia y, basadas en el compromiso de construir una sociedad libre de exclusiones, injusticias, respetuosa de la naturaleza y de sus recursos, hemos entendido que la cultura de la no violencia exige un cambio en la forma de pensar, actuar, querer y vivir.

Hoy al ratificar nuestro compromiso con el Movimiento de Mujeres Contra la Guerra lanzamos la campaña «Desmilitarización y recuperación de la vida civil», con la cual aspiramos a contribuir en la construcción de un espacio para avanzar en la civilidad en Colombia. Por ello reivindicamos el ejercicio pleno de las ciudadanías como expresión diversa de la sociedad, que se constituye en garante de la civilidad más allá del Estado. Para nosotras la civilidad representa el reconocimiento de la diferencia y el ejercicio de los derechos. Recuperar la civilidad, es darnos la oportunidad de resolver el conflicto social y armado existente desde una salida política negociada, es reconocer a las organizaciones sociales y políticas como actoras y artífices de la democracia.

Desmilitarizar es rechazar rotundamente la guerra como forma de resolver los conflictos sociales y políticos, es oponernos a que los niños, niñas y jóvenes sean involucrados con los actores armados legales e ilegales; oponernos también al reclutamiento forzado, al uso de las armas convencionales y no convencionales, a las fumigaciones aéreas que destruyen la biodiversidad,

a la utilización del cuerpo de las mujeres como botín de guerra, a incluir en nuestra cotidianidad actitudes y costumbres militaristas. Estamos por un intercambio humanitario que permita el acercamiento y avance hacia una salida negociada a los conflictos social y armado.

Desmilitarizar es manifestarnos en contra de la Ley Antiterrorista y del servicio militar obligatorio para mujeres, es rechazar que las mujeres seamos tomadas como botín de guerra.

Las invitamos y los invitamos a unirse a este Movimiento, a vincularnos activamente en la campaña, a realizar una acción contundente en el Congreso de la República para que los proyectos de ley mencionados no sean aprobados, a desarrollar una amplia difusión pedagógica sobre el sentido y el contenido de la campaña y a movilizarnos el 25 de noviembre a Putumayo, para expresar nuestra solidaridad con miles de mujeres que viven en medio del conflicto y también del grave flagelo de las fumigaciones en esta zona. Culminaremos esta primera campaña del Movimiento, el 25 de julio de 2004, con una gran marcha nacional e internacional contra la guerra.

A todas las mujeres que sientan que es necesario y perentorio parar la guerra, a las que aún no están convencidas de que nuestra fuerza puede cambiar el rumbo de la historia, a las que dudan del impacto de la acción política de las mujeres y las creyentes y no creyentes de la cultura de la no violencia, a las que se encuentran organizadas y las que no lo están, las invitamos para que unamos energías, voluntades, sueños, deseos, anhelos en la construcción de un gran Movimiento de Mujeres contra la Guerra. Hoy somos 300 mil mujeres contra la guerra y contigo seremos más de 1 millón de mujeres que diremos al unísono No a la Guerra ni en nuestro país ni en nuestras casas.

TRABAJO EN EQUIPO PARA CERRAR EL AÑO

El trabajo que actualmente adelantan las mujeres de las diferentes regionales de la Ruta, como preparación para el viaje a Putumayo, es bastante arduo. Desde hace más de un año, cuando se tomó la decisión de acompañar a las mujeres de esa región, se iniciaron labores en las diferentes zonas del país, pero el trabajo más fuerte comenzó en mayo de este año.

Primero se hizo un documento marco que presenta la situación de las mujeres, fruto de la política antinarcóticos y del narcotráfico mismo. Según Esther Marina Gallego, coordinadora nacional de la Ruta, esta investigación es el marco de preparación para las mujeres de las regionales y para la realización de todas las tareas de incidencia en entidades gubernamentales y sociales, además de los medios de comunicación.

El trabajo entonces, de aquí al 25 de noviembre es grande, se realizarán talleres con todas las mujeres que partirán al Putumayo con el fin de que estén preparadas para el viaje, conscientes y con una estrategia de protección clara. Además, "También vamos a hacer en noviembre los talleres de Derecho Internacional Humanitario, actividad de tipo nacional que será replicada en cada región y luego se hará la marcha. Ya a la hora de salir cada regional hará su propia ritual de partida e iniciará el viaje".

Pero hay también otros planes para concluir el año. "Se están trabajando unas líneas para el plan trienal, que cada nodo regional debe entregar a principios de noviembre. La Ruta nacional a su vez recogerá estas propuestas y elaborará el plan nacional. Luego viene el proceso de la evaluación de la marcha y la evaluación del año, además de la entrega del informe anual por parte de cada región que será integrado en el informe nacional de enero de 2004".